



LA LEYENDA DE AITOR.

**LOS VÁRDULOS. GHEREKIZ. LA FIESTA DE LA LUNA LLENA.
EL BARDO IMPROVISADOR.**

Lara, bardo cántabro, de quien el poeta Silio Itálico hace tan brillante retrato en su epopeya de la guerra púnica, pertenecia á la tribu de los Euskaros Várdulos ó Guipuzcoanos, igualmente famosa por el valor de sus soldados que por la fiabilidad de sus jóvenes en la mímica, la danza, el canto y la improvisacion. Lara, que apénas contaba treinta años, habia sido proclamado flor de los guerreros y príncipe de los bardos, y los Várdulos tenian gran orgullo de que perteneciese á su gente. Las otras tribus de la federacion euskara, ni aun con excepcion de los Suletinos, conocian rival á aquel cantor incomparable.

La conclusion de la paz con Roma, despues de las guerras de Anibal, fué celebrada por los Montañeses, durante la fiesta de la luna llena, que duraba tres dias, y que en aquellas circunstancias se celebró con inusitada solemnidad. La primera noche se consagraba á la conmemoracion de la historia nacional, hecha por los bardos al pie del roble de la libertad. Derogando los usos seculares, los ancianos de la tribu permitieron á Lara, en muestra de consideracion, que entreviese solo á la Asamblea durante la primera noche, con exclusion de todos los demás bardos, y que recitase una leyenda compuesta por él, titulada *Aitor*. El roble de los Várdulos estaba en Gheriekiz, y era

ya el noveno desde hacia veinte siglos, ó sea desde el establecimiento de los Euskaros en los Pirineos Occidentales.

Sobre bancos dispuestos en forma de circulo, se sentaron los viejos, y á sus piés, en asientos gradualmente más bajos, las mujeres de edad, las viudas, las casadas, las vírgenes y los niños de la tribu. En frente de esa numerosa parte de la asamblea, los hombres, guerreros todos desde los diez y ocho hasta los sesenta años, estaban de pie, ocupando el lugar intermedio, en que al son de la tibia y del tamboril, debian bailarse las danzas del segundo y tercero dia. Cuando apareció Lara, resonó en el valle de Gherekiz formidable aclamacion; luego se restableció un profundo silencio.

El bardo, curado de sus heridas, avanzó. Llevaba una larga barba blanca, que le caía hasta la cintura: en su cabeza lucia una brillante mitra, y de sus anchos hombros pendia la rica dalmática que usaban los magos y adivinos en la República Euskara. Y cuando, con paso mesurado y grave llegó hasta el centro del círculo apoyándose en una rama de roble cubierta aún de hojas, erguido, dispuesto á tomar la palabra, iluminado con la luz de la luna que irradiaba en todo el paisaje y hacia centellear los bordados simbólicos del traje del bardo disfrazado de viejo, todos reconocieron la imágen de Aitor, el gran antepasado, el patriarca, el padre de la raza Indo-Atlántide y el primer nacido de los Euskaros.

En seguida el bardo extendió su brazo derecho horizontalmente, y volvió hacia el cielo su cara, que se mostró bañada en luz. En el profundo silencio que reinaba al rededor del roble y en las montañas, se distinguia el murmullo fugitivo de las brisas en las hojas, y el murmullo tenué de los torrentes lejanos: acompañamiento misterioso de la voz del bardo, dispuesto á evocar sobre el Océano de las edades, las generaciones hundidas y los siglos acumulados en las profundidades del olvido. Abrió la boca, y las primeras palabras que de ella brotaron, fueron como las primeras notas, como los primeros acordes que caen con los dedos de un artista, sobre una arpa sonora.

«El tiempo huye, el torrente viaja, el agua del río prosigue su camino. Mi pueblo, desde su origen, fué semejante á un gran río que hace germinar bajo el cielo los tesoros de la fecundidad terrestre. Hoy mis tribus no son más que gotas límpidas, filtrándose por el hueco de las rocas, á quienes el primer viento cálido secará. Así debe ser; Dios lo quiere, Dios, el Señor de la altura, el *Jaun Goikoa*. Sus manos

arrojaron las estrellas por los campos azules, del mismo modo que el labrador esparce sus simientes por los pardusclos surcos, y la luz brotó de la noche eterna. Mi pueblo, salido de la noche, tuvo tambien un dia de sol. Qué nos queda de aquel esplendor eclipsado? Noche sin estrellas. Pero la luna, cuyas fases sirven para medir las semanas y los meses, refleja dulcemente la luz del sol escondido tras los mundos. De esta manera, en la noche de nuestra debilidad, la memoria de los viejos y el génio de los bardos son el espejo que refleja la lejana gloria de los primeros dias.»

Aquí Lara se detuvo, y luego, con voz sonora, prosiguió:

«La garra del águila es fuerte, terrible y real la garra del leon; pero la mano del hombre, ya abra con el arado el seno nutritivo de la tierra, ya agite en los combates el hacha de bronce ó la espada de acero, ya teja el lino y la seda en ligeras telas, ya arranque del arpa divinos acordes, la mano del hombre es un instrumento perfecto, una arma invencible. Ella ha levantado las pirámides en el desierto, ha subyugado á los indomados caballos, y ha doblado bajo los remos las olas tempestuosas del mar. Por ella el hombre ha vencido y dominado (*Es*) á toda la creacion, esclava hoy de su imperio; y en memoria de ese gran triunfo, en la lengua sagrada de mi pueblo, la mano del hombre se llama *Eskua*, es decir, victoriosa y dominadora.

»Tendiendo la mano el hombre pide y suplica, *Eskua*; con la mano ofrece y da, *Esken*. Una sonrisa acompañada de un gesto de la mano, expresa la satisfaccion, y de ese modo el hombre da las gracias, *Es-ker*. La mano es el auxiliar de la lengua, y su significacion expresiva era inseparable en el idioma primitivo. El signo habla á los ojos, el sonido hiere los oídos; ambos se hacen entender al espíritu. ¿Qué otro pueblo poseyó más que el mio la inspiracion de la palabra y la armonía del gesto con el pensamiento? Ese arte elocuente de la mimica, ese movimiento calculado de los brazos, de las manos y de los dedos, acompañaban, y á veces, suplian, al lenguaje articulado; fueron llamados *Eskuara*, es decir ciencia del gesto, arte de hablar con las manos. La misma palabra sirvió para calificar el idioma primitivo de mi pueblo, llamado él mismo *Eskualduna*.

»Los hombres de mi raza, diversamente designados en la lengua de los Bárbaros, llevan ese nombre significativo balbuceado en la cuna del linaje humano; su origen remonta más atrás que la invencion de la palabra y del gesto; los ojos de los adivinos y de los profetas, es-

crutando los misterios de las creaciones genésicas, no saben ver mi raza más que en el seno de Dios. ¿Qué importa que el río antiguo esté seco, y que apenas queden algunas gotas puras de la noble sangre que engendró á tantos pueblos? Mientras viva un Ibero para levantar la mano delante del Dios de Aitor, invocando su nombre sublime en la lengua sagrada, podrá decir: «El padre de mis antepasados fué ilustre entre los recien nacidos de la tierra; el hombre de nuestra raza fué el primer desposado con la naturaleza salvaje, el primer triunfador de la creacion, *Eskualduna!*»

»El más antiguo de los pueblos que haya habitado, despues de nosotros la Península ibérica, es el pueblo Celta. Las fábulas rodean su origen y su historia. Un mónstruo, un ciclope fué su abuelo, y su padre un gigante feroz llamado Céltus, cuyos dos hermanos, Illyrus y Galla, prosiguieron la conquista de Europa. Es del Norte, de la region del frío y de las tinieblas, de donde vino la raza infecta de los gigantes. Nuestros nietos les llaman *Tartaro*, cuando en las veladas de invierno, escuchando las consejas del tiempo pasado, se arriman atemorizados al seno materno, y tiemblan como las hojas del árbol, con el recuerdo de la ferocidad de los Bárbaros..

»El Euskaro y el Celta gozan de la misma antigüedad pero el porvenir no confundirá á las dos razas. Mi pueblo ha sido el creador de la luz social, de la armonía y del bien; el pueblo de Céltus no ha inventado más que la guerra; no ha sembrado más que ruinas; sus obras han sido la iniquidad, las matanzas, la supersticion y el mal. Le gusta mezclar sus gritos Salvajes á los aullidos de los lobos; como ellos, anda errante reunido en grupos, durante la noche. Para él el buho es el símbolo de la prudencia de los guerreros que esconden su marcha y caen sobre las víctimas de improviso; mientras que en la poesía de mi pueblo, el pájaro de las tinieblas, es el emblema de la ignorancia y de la estupidez.

»Cuatro cosas distinguen al Euskaro del Celta: la lengua, la religión, las costumbres y las leyes.

»El Celta habla un idioma áspero como las escarchas que cubren su cuna. Sus labios congelados no lo han enriquecido con las inflexiones labiales que hacen tan dulce al verbo euskaro. Las palabras son nebulosas y suenan como los silbidos agudos del vendaval entre los pinares de su tierra.

»Cuando el hombre y la mujer euskaros fueron colocados por la

mano del Criador en los jardines terrestres, se miraron con amor, y la mujer dijo al hombre:—Tú eres mi fuerza, tú eres el varon á quien mi corazon escoge: *Zu ene arra*. Y desde entonces el marido de la mujer se llama *Senarra* en la sagrada lengua. El hombre y la mujer se dieron la mano, *Eskua*, y en la embriaguez de aquella union encantadora, dijeron *on*, está bien! nada más dulce. Y el casamiento se llama *Eskuontza* en las tribus, porque los amantes se hacen esposos dándose las manos. A los recien casados se les servia miel, *Ezti*, simbolo de los placeres perfectos, y de ahí se llamaron á las fiestas nupciales *Ezteya*. ¿Qué otro pueblo se inspiró más en la naturaleza y dotó á sus instituciones de más encanto y sencillez?»

Al llegar á este punto, los ojos del bardo inspirado brillaban con fuego mágico: su mano izquierda se inclinaba á tierra; la derecha subia hacia el cielo. Un murmullo de aprobacion mostró el contento del auditorio. Lara se interrumpió un instante; parecia esperar que una nube flotante en los aires hubiese velado el disco de la luna y arrojado sobre los montes su manto de sombra, para continuar su paralelo entre el pueblo civilizado del Mediodia y el pueblo del Norte tenebroso.

AUGUSTIN CHAHÓ.

(Se continuará).





LA LEYENDA DE AITOR.

LOS VÁRDULOS. GHEREKIZ. LA FIESTA DE LA LUNA LLENA
EL BARDO IMPROVISADOR.

(CONTINUACION)

»No hay que juzgar á los Celtas de entonces por los de ahora que unidos á mi pueblo se llaman Celtíberos, ni por los Galos cuyas costumbres ha dulcificado su contacto con los Griegos y nuestros hermanos de Aquitania. Es necesario tomar al Celta en su cuna hiperbórea. El hombre del Norte es notable por su alta estatura; es verdaderamente gigante. La sangre enrojece y colora con ardiente tinte sus blancos cabellos espesos; sus ojos de azul verdoso, donde se leen pensamientos feroces, imitan el color del Océano sombreado con los reflejos de cielo tempestuoso. El Bárbaro andaba desnudo durante la primera edad, con su cútis comparable á la nieve, ó á la piel del oso anfibio que recorre las costas del mar de hielo. Vivió largo tiempo errante con el producto de su caza, persiguiendo hasta en los bosques de las Galias, lanza en mano, al reno y al buey salvaje. Su ardor inquieto y la extremada movilidad de su carácter impaciente, le impidieron entregarse á la vida pastoral, y al trabajo del campo; le agradó más verter la sangre y robar, que no el seguir con paso tranquilo las

huellas de un rebaño, ó esperar á la orilla de los setos los frutos tardios con que la tierra paga los sudores del labrador.

»Cuán diferentes los hombres de nuestra raza! Su estatura era proporcionada, su fuerza mediana; la accion del clima meridional rizó y oscureció su larga cabellera, dió los reflejos del cobre al cútis de sus caras. Nuestras muchachas se enorgullecian cuando los bardos comparaban su belleza á la del melocoton, cuya piel dorada ha recibido del sol el perfume y las tintas rosadas que anuncian su madurez. Los Euskaros, los Iberos, habitantes de los continentes más fértiles y favorecidos por la naturaleza, fueron los primeros pastores y agricultores durante la edad de los Patriarcas.

»En cuanto á mi, aunque primer nacido de los antepasados, no viví en la edad antidiluviana, y por lo tanto no he asistido á las maravillas de la creacion de Dios; ignoro la historia de mis abuelos, porque la invasion de las llamas y el diluvio de las aguas, que fueron para la tierra de los hombres una segunda creacion, separaron mi vida de las edades anteriores. Yo llevo como mis padres el nombre de patriarca; tronco de una posteridad más numerosa que las estrellas del cielo, el huracan devoró á mis hijos sobre toda la faz de la tierra: pocos se escaparon. Los bardos comparan ese pequeño número á las olivas que permanecen en el árbol despues de la cosecha, á los racimos que penden de los amarillentos pámpanos despues de la vendimia. A ellos y á mi llaman las generaciones los «grandes antepasados», y la palabra *askoazi*, consagrada al parentesco en nuestra lengua, es lo mismo que *askoazi*, ó sea semilla original ó del principio.

»La tempestad fué violenta y terrible; duró un año, cuyos meses fueron siglos. El oriente del cielo fué destruido, y nadie sabe dónde estaba el occidente de las viejas edades, porque el sol permaneció invisible para nosotros, detrás del pabellon tenebroso de las nubes, Las señales que aparecian nos amedrentaban. Dónde estaba durante aquellos dias de tumulto y de destruccion? Dónde? escondido, elevado (*Gordatu*) sobre inaccesibles alturas. Me abrigaba bajo una roca herida por el rayo (*Arri*), y aquella cima tutelar fué mi arca (*Arka*). El águila venia sobre mi roca exhalando gritos de queja; le di el nombre de *Arrano*; el leon tembloroso se acostaba á mis piés, gimiendo como un perro. Ya habeis oido en una fábula, que á la vista de la Gorgona, los hombres y animales se tornaban piedras; yo he visto en aquellos dias calamitosos, á todos los séres de la creacion secarse con el terror;

hé aquí por qué con la misma palabra *Arritu* expresé la idea del hombre petrificado y la del hombre espantado; comparacion enérgica que los Bárbaros tomaron á la letra, y de la que hicieron una fábula. El espanto causa una commocion, un escalofrío mortal, un sacudimiento que corre bajo la piel; detiene la sangre en las venas, y hiere á los séres vivientes con un estupor tal, que les arrebata hasta la facultad de moverse y de hablar; tales son en efecto las imágenes que expresan en mi lengua las palabras consagradas al pánico y al horror. Mis lábios temblorosos permanecieron largo tiempo mudos; la palabra habia muerto en mí y expresé el silencio por un vocablo (*Itz-il*), que significa el aniquilamiento de la palabra.

»Cuéntase en una fábula que un principe fué convertido en bestia durante algun tiempo; que sus uñas crecieron como si fuesen garras; que se cubrió de largos pelos su piel; yo soy aquel Rey de la fábula. Hoy vuestros campos cultivados se cubren de doradas cosechas; y durante los hermosos dias de las repúlicas euskaras, la Iberia fué el granoero de Europa, y en las medallas era representada bajo el emblema de una hermosa mujer de voluminoso pecho que tiene en sus manos espigas de trigo. Mas reparad en la palabra *Ala* que empleais para designar el pasto, y en la palabra *Alor*, con la que designé los campos y comprenderéis que el primer campo de mi herencia fué un terreno inculto, donde segun el sentido de la fábula pasté la yerba como un buey.

»Tambien se os ha contado una alegoría que narra cómo en la cima de una enorme montaña una muchedumbre innumerable sufrió los efectos de encantamiento secular, adquiriendo la forma de rocas y de piedras. Un héroe jóven, escogido por el destino, guiado por la rotacion de una bola que corría delante suya, y por el canto divino de un pájaro luminoso, llegó á la cumbre de la montaña, encontró sobre la rama de un laurel más alto que los cedros, al fénix sosteniendo en su pico una mata de oro que cogió; y de pronto, deshecho el ensalmo, las generaciones metamorfoseadas recobraron sus formas primeras y proclamaron por Rey á su libertador. Asimismo se cuenta que despues del diluvio, el primer hombre y la primera mujer arrojaban piedras, de las que nacian otros hombres y mujeres. Estas alegorías, que entre nosotros sirven para diversion de los niños, se refieren á los Patriarcas salidos de las cavernas y de las rocas, y á la fundacion de las sociedades nuevas despues del diluvio. Henchido de reconoci-

miento hacia el arca que fué nuestro asilo; admirado con la conservacion de aquellas altas montañas escapadas al naufragio del viejo mundo, consagré la idea de su duracion secular, dando el mismo nombre *Mende, Mendi*, á los siglos y á las montañas.

»No es, pues, sin razon, que mis descendientes me llamen antepasado de las montañas, *Arbasoa*, padre descendido de los altos lugares, *Atagoya*. La pizarra plateada, la rojiza teja cubren á vuestras casas blancas, inmensa bandada de palomas dormidas en los valles pirenáicos; pero el nombre de *Egatcha* que llevan vuestros techos, fué imaginado á causa de los salientes de la roca que largo tiempo me sirvió de abrigo. Las puertas de vuestras habitaciones están hechas con robles; las de los ricos y de los jefes, sembradas de clavos dorados, parecen con su pintura hechas de bronce, pero la hospitalaria puerta en que la mujer, joya de su marido, suspende guirnaldas de flores el dia del solsticio, conserva aún el nombre de *Atea*, significando el montón de piedras que yo reuní para esconder y cerrar la entrada de la caverna en que vivíamos como en un sepulcro tenebroso. Y durante la noche profunda que ocultaba al cielo, inundado con los torrentes de lluvia que caían como cascadas de las apretadas nubes, ningun sendero conducía á mi guarida, ninguna claridad guiaba mis pasos ni instruía mis ojos; buscaba á ciegas mi puerta, *Atea*, y la encontraba por instinto; y llamaba *Atuna* á ese instinto nacido de la costumbre, que dirige al hombre en la oscuridad y le hace encontrar bajo su mano los objetos que no ve. Mi compañera no me abandonaba. Cuando los gritos de mi primer nacido alegraron los ecos de nuestra húmeda caverna, la madre no quiso permitirme salir á buscar comida; aquella mujer fuerte se encargó de proveer á nuestra subsistencia mientras yo permanecía en nuestro lecho de pieles, calentando con mi velludo pecho, el lloroso fruto de nuestros amores. Tal era el miedo que tenía que alguna fiera acudiese durante mi ausencia á la caverna atraída por el lloro del niño, y no pudiese ella defenderle! Los hijos de mi raza, respetuosos á las vicisitudes de la carrera de su abuelo, han conservado costumbres conmemorativas que los extranjeros juzgan extrañas por que desconocen su origen. Así, cuando una mujer pare, el esposo toma un instante su lugar, como si la aspiracion de un aliento varonil debiese comunicar su fuerza al sér débil y pequeño dotado de impresionabilidad magnética.

»Los hijos de mi sangre no han adoptado las ceremonias crueles y

supersticiosas introducidas por los Celtas en sus funerales. Yo he introducido la costumbre de transportar los muertos á la cumbre de las montañas; allá todos los Patriarcas tuvieron sus sepulturas; muy amenudo en las mismas grutas donde vivieron enlutados y dolorosos. Llamé á la tumba *Obia*, el mejor lecho, el lecho del gran descanso, en oposición al lecho del sueño en que tantas pesadillas agitan al hombre y donde encuentra menos alegrías que dolores. La noche consagrada al sueño, el reino de las tinieblas fué llamado *Ilona*, buen reposo de los seres; y la muerte natural *Iltza*, gran sueño, ó gran noche. Hoy en inmensas praderas, cada pueblo tiene su region de los muertos, *Illerria*; la flor de los difuntos, *Ililia* mezclada á la balsámica rosa, crece en cada monumento de la ciudad de las tumbas; pero el Euskaro se acuerda siempre de que sus abuelos desnudos, hambrientos, casi salvajes, vivieron y murieron en sus cavernas. En esta edad más próspera, cada jefe de familia se llama *Jaun*, señor de su casa, como Dios en el Universo, y castillos espaciosos, cómodos palacios, *Jauregui*, sirven de vivienda á los hijos de aquel que entraba rastreando en su caverna.

»Los animales que me habian seguido en tropel al arca de las montañas habian abandonado su naturaleza tímida ó feroz. El estupor general que hirió á todos los seres con los ruidos formidables de los elementos conjurados en aquella lucha suprema, encadenaba el apetito de los más voraces y la maldad de los perversos. Las serpientes se deslizaban inofensivas entre mis piés; la gacela y el tigre huían juntos por el mismo camino, bajo torrentes de lluvia, ahuyentados por cien truenos. No os extrañeis de que más de veinte palabras representen al rayo en la lengua de los Patriarcas. Es preciso haber sido testigo, como yo, para hacerse una idea de aquel espectáculo. Es preciso haber visto los cuadrúpedos, los pájaros, todos los seres vivientes del viejo mundo y el hombre mismo, abrigarse, amontonarse, apretarse en masas y como rebaños en algunos bosques, en los flancos y en las cimas de las montañas azotadas por el huracan. Es preciso haber oido como yo, gruñir, silbar, aullar, rugir y quejarse á millones de voces á la vez; en el estruendo ensordecedor de todos aquellos gritos diversos expresando con las notas más estridentes y horribles el sufrimiento, el hambre y el terror, nada se perdía, ni siquiera el zumbido de los insectos pasando en torbellinos por entre las nubes. Hé ahí lo que era un bosque durante el diluvio; de la palabra *Oyu*, que significa gri-

to, yo le di el nombre de *Oyan*, á fin de que se supiese que todos los ruidos de la creacion animada, todos los gritos de la naturaleza viva, se encontraban reunidos en el horror sublime de un inmenso y triste concierto.

AUGUSTIN CHAHÓ.

(*Se continuará*).

AMAREN NEGARRAK TA SEME GALDUA.

Masall orietatik	—Zuk, ¡ai nere semea!
Tanto eta tanto,	Zure pekatuak,
Ama zerengatika	Zure bizitza gaisto
Dariola dago?	Paregabekuak;
Zerengatika dago,	Oiek izandu dira;
Dana arandurik ¹	T' oietaz gañera
Iñiola ere eziñ	Zuk negar egin bear
Iñondik pozturik?	Ta far egitea.
¿Zér nai du egitea?	—Aski da Ama, aski da,
Ona emen semea	Ez geiago egiñ,
Poz aunditzat daukana	Biurtuko naiz oraiñ
Ama alaitza.	Bedorrena berdiñ;
¿Agian egin diot...	Ez geiago gaizkirik,
Eman diot, Ama	Ill ere lenago
Nik, nai-ez aundiren bat	Berriz beste malko bat
Aiñ miñkorra dana?	Atera-zi baño.
¡Ama! ¿oraindik ere	Betor, Ama kutuna;
Negar eta negar?...	Neronen eskuak
Nork eragiten dion	Chukatzeko atera-zi
Esan bezait azkar.	Dizkatan malkoak.

MIGEL ANTONIO IÑARRA-K.

(1) Amoratada.



LA LEYENDA DE AITOR.

LOS VÁRDULOS GHEREKIZ. LA FIESTA DE LA LUNA LLENA.
EL BARDO IMPROVISADOR.

(CONTINUACION)

»Sin embargo el globo estaba entregado á la accion del fuego poderoso que duerme hoy en sus entrañas. Ese fuego entonces brotaba por mil volcanes que se abrian por todas partes. La tierra estaba enferma y calenturienta. Y es en virtud de esa poderosa analogia, que aun á propósito del hombre y de todas las encarnaciones vivas, defini á la fiebre como un fuego, una incandescencia, llamándola *Sukar*, puesto que su designa el fuego, *gar* la llama y *er erre* la combustion. El enfermo, es decir, aquel en quien el principio y la fuente de la vida están secos por un fuego interno y devorador, fué llamado *Eria*, y la debilidad calenturienta y enfermiza del hombre, *Erbaltasun*. La muerte fué para mis ojos la consuncion, la combustion final del sér. El incendio terrestre devoró á millones de seres, á innumerables pueblos, á continentes enteros. En memoria de este gran acontecimiento, y para consagrar las verdades de observacion concebidas por mi espíritu llamé á la muerte violenta *Eria*, es decir, incendiario. Fiel á esta gran idea, defini la pena como un mal que mina quemando, *Errea*, y la tristeza

Sutsua, es decir, un fuego que seca los corazones. Las montañas, con la erupcion de los volcanes, hacian oir estruendos formidables; decia yo que entonces comenzaban á arder, (*Erreasten*); desde entonces aplicamos la palabra *Erastea* al ruido de todas las cosas que mugen. Con una trasposicion silábica imaginé la palabra *As-erretzia*, que en su valor radical significa principiar á arder, y en el lenguaje usual entrar en cólera, en furor, por alusion al furor de las llamas cuyo progreso irresistible formó tan inmenso incendio. La calcinacion producia un ruido particular como un trueno incesante mezclado á vientos furiosos y al clamoreo rabioso del mar; aquel rugido continuo, profundo del Océano de fuego sacudiendo con cólera indecible sus devoradores torbellinos, lo expresé con la palabra *Erreotsa*, que significa voz del fuego y se aplica á todo gran ruido. Torbellinos de humo negro y sofocante, *Ke*, salian de los flancos entreabiertos de la tierra, cuya rápida irrupcion señalaba la furia del elemento destructor; de ese recuerdo viene la palabra *Kechu*, aplicada á la cólera del hombre y á la de los elementos. Despues, cuando las llamas violentamente empujadas por los vientos, se espacian á lo lejos, ante la imágen del fuego invasor imaginé la palabralia *Erasotze*, que expresa las ideas de ataque é invasion, de donde tambien procede *Erauntsi*, aplicada á una lluvia de fuego ó de agua que cae con violencia. La tierra rodeada de llamas me parecia en estado de demencia, y creé la palabra *Ero* que se aplica á la demencia de los elementos, de los animales y del hombre. En fin, cuando el esfuerzo del fuego hubo reducido á cenizas las montañas con sus rocas graníticas, los continentes con sus ciudades, cayeron y se hundieron en el lago dé fuego los países y los reinos. Hé aquí por qué la palabra *Er-or-i*, significando en su sentido radical lo que está quemado enteramente, expresa la idea de toda caída, el movimiento de toda cosa que se deja vencer por su peso. Tal fué el gran incendio, al que llamé *Suoldia*. Las tierras habitables, los jardines del hombre del porvenir, los territorios que habian de pertenecer á mis tribus, habian salido de la hoguera como sale del horno del alfarero despues de ser cocido, un elegante vaso de barro; los llamé *Erriak* ó lo que ha sido quemado; de ahí el que las siete provincias de la federacion basco-cantábrica se llamen hoy Pirineos, *Euskal-Errriak*. Del fuego, *su*, y de la llama *gar*, digo que la tierra permaneció pura, *Garbi*, como el oro purificado por el crisol, y blanca, *Zuri*, como la lana de los corderos recien sacados del lavadero. Al fuego, cuya mordedura que-

ma y mata como la de la serpiente, á la llama que mueve sus lenguas ardientes como dardos salidos de la boca de un dragon, al elemento igneo, *Su*, inalterable y sutil, consagré la serpiente, *Sugia*, el más vivo y taimado de los animales; el dragon fué llamado *Sugulna*. Así el gran lago de fuego, que el huevo-mundo encierra en su cáscara terrosa, lleva naturalmente un nombre alegórico, que significa igualmente gran fuego, gran dragon, gran serpiente, y se cuenta en nuestras fábulas que la Gran-Serpiente nació de un huevo, que es el Huevo-Mundo, el huevo terrestre. Y es llamado *Leen*, primero, y *eren* último; es decir, aun devorador y destructor; es el negro *Surtur* de los Celtas que debe un dia incendiar los mundos; es el *Leeren* primer poder de la tierra, á quien la supersticion de los Aquitanos nuestros vecinos, ha convertido en Dios de guerra y destrucción.

Del radical *gar* que designa la llama, formé además la palabra *garai* y *garaitz*, que expresan la idea de la superioridad y de la victoria, y por último *garratz*, que califica á toda cosa invencible y terrible.

Despues del triunfo del Dragon, el elemento liquido que humedecia el suelo de los viejos continentes, fué absorbido por las lavas; los mares, el gran Océano mismo, se secaron como una gota de agua arrojada en una ardiente hoguera, y la fuerza del calórico transformó aquella masa en vapores inmensos, que se elevaron en el cielo hasta alturas incommensurables, reflejándose en aquellas móviles cortinas los siniestros resplandores del incendio inferior. Despues como el ejército de las nubes se dirigía arrastrado por el ala de los vientos semejante á un enjambre de pájaros tenebrosos, hacia los lugares preservados de las llamas ó enfriados despues de su purificación, los vapores condensados por la frescura de la atmósfera, se resolvieron en cataratas de lluvia. Además el lecho Oceánico se levantó con las sacudidas de los volcanes, y sus aguas se derramaron por las tierras bajas; de este modo tuvo lugar el gran diluvio de aguas, á que los euskaldunas occidentales llamaron *Ualdia*, y los euskaros del Indostan *Ualsara*, en su dialecto. Yo he visto, oh hijos de mi vejez, que no asistíais con vuestro padre á esa sentencia del Altísimo, á ese huracan renovador de las obras divinas! Yo he visto desde la cumbre del arca en que flotaba sobre las ruinas del destruido mundo, yo he visto durante largo tiempo á la tierra habitable cubierta de agua y de limo parecerse á dormido lago; yo la llamé *Lurra*, (*Le-uz*) para recordar su imágén. Cuando pasó el tiempo las aguas se retiraron; los mares y

el Océano encontraron su nuevo lecho preparado. A la sombría tempestad del diluvio consagré un pájaro negro, el cuervo, que se nutre de cadáveres, emblema de muerte y destrucción. Al reino oceánico el agua, que tiene la facultad de elevarse en forma de vapores al azul firmamento, consagré un pájaro de su color, que es la paloma torcaz. Y la paloma, *Urso*, recibió el mismo nombre que el agua, *ur*, en todos los dialectos de nuestra lengua, puesto que los Euskaros Iranitas la llamaban también *Uarreska*. Pero cuando el cielo azul reapareció, cuando el cristal azul de las aguas reflejó el azul olímpico del cielo, y brotó la oliva, símbolo de paz de la naturaleza, el agua encontró su camino, el arco iris brilló en el horizonte, y el sol, sacudiendo sus húmedos rayos, se acostó en el seno de los mares, yo entonces llamé *Ostadarra*, rama ó cuerno florido al iris, magnífico ramo de luz en que la vista admira todos los tintes de la rica pintura con que el sol matiza la yerba, las flores y los frutos. Entonces conocí que había llegado el tiempo destinado á la gloria de mi raza.

El Euskalduna, bajando de las montañas donde estuvo escondido durante el diluvio, tomó su asiento en la tierra bañada por el sol, y colocó su morada en un territorio templado y apacible. Así en nuestra lengua las ideas de residencia, de morada, de habitación se expresan con las palabras *egon*, *egongia*, que significa un lugar donde hace buen sol. Aquellas risueñas moradas, en cuyo seno las tribus de mi raza se detuvieron, eran floridas como jardines. De ahí que para designar los jardines cultivados que rodean sus casas de los Pirineos, mis hijos no hayan recibido de mi más que la palabra *Baratze*, que por definición significa un lugar de detención, un lugar agradable en que se descansa. Y la misma definición conviene en todas las lenguas orientales á la palabra *Paraíso*, que designa un jardín. El *gymle* ó paraíso de los Escandinavos, no es otra cosa que el Mediodía. La Bética española, en donde los Euskaldunas recibieron de los Griegos un nombre histórico, ha sido un paraíso terrestre, el más hermoso, el más fértil y el más delicioso jardín de los Iberos,

AUGUSTIN CHAHO.

(Se continuará).



LA LEYENDA DE AITOR.

LOS VÁRDULOS. GHEREKIZ. LA FIESTA DE LA LUNA LENA.
EL BARDO IMPROVISADOR.

(CONTINUACION)

»La necesidad del agua, y el inconveniente de tenerla que ir á buscar á lo lejos, sea para los usos domésticos, sea para el regadio de los campos, nos hizo escoger la proximidad de los ríos para construir nuevas casas que más tarde constituyeron ciudades florecientes. Y como los manantiales de las aguas se encuentran frecuentemente en las montañas, entre rocas, *arri*, muchas de nuestras ciudades primitivas llevan ese radical en sus nombres; la palabra *ole* que indica las fraguas y tambien las cabañas, se encuentra muy á menudo, del mismo modo que el vocablo *zubi*, puente; pero el agua, *ur*, y la fuente *itur*, son los elementos más comunes de los nombres primitivos, en los que las rocas, las fuentes, las aguas, los puentes, las alquerías, reciben calificaciones locales. Así, á lo largo de los ríos indostánicos se elevaban *Abur*, *Ikur*, *Magur*, *Kalur*, *Akur*, *Korindiur*, *Mantitur*, *Apotur*, *Mapur*, *Baleokur*, *Korreliur*, *Ipokur*, *Paliur*, *Podoperur*, *Gorriur*, *Mastanur*, *Temur*, *Silur*, *Yatur*, *Pur*, *Poleur*, *Modur*, *Itagur*, *Nagiur*, El África, donde los ríos son más escasos, no ofrece tan gran número: *Urbara*,

Butura, Buturiza, Zubibur. Los ríos de la Península Ibérica presentan muchos: *Urbakia, Urbion, Urcia, Urias, Urión, Urgia, Urzo, Urcesa, Iturbola, Iri-Iturgi Iturriako, Anastorgiz, ipazturgiz.* Con los radicales *su, gar, eiar, erre*, que significan fuego, llama, sequedad, combustion, calificamos á las ciudades africanas *Sugarra, Suhara, Eyarzeta*, y los montes llamados *Errebide*, ó sea caminos abrasados, que las tribus jamás franquearon hacia el mediodía para entrar en el gran desierto. Con los radicales *zubi*, puente; *ur*, agua; é *iri*, ciudad, nuestros pueblos de África y del Indostán tuvieron tres ciudades llamadas *Zubiri*, y otras tres llamadas *Zubura, Zubia y Zubibur*. Otras ciudades africanas indostánicas recibieron el nombre de la roca *arri*, calificado por diversos epítetos indicando circunstancias locales, cavidades, *chile*, una posición elevada, *gain*, la largura, *zabal*, una posición dominada por la montaña, *pe*, la pobreza, *char*, como: *Arramayona, Arzabal, Arbalte, Arbaka, Arrochotu, Archile, Arripara, Arragara, Arretachara*. El África tuvo tres ciudades pastorales, *Olapia*, ciudad dominada por las cabañas; *Otsola*, ciudad de las chozas frias; *Olabasa*, ciudad de las chozas desiertas. Pero entre todas esas ciudades famosas, la más ilustre fué la ciudad consagrada al sol. *Argia, Argion y Argiri*, cuyo nombre llevaron nuestras tribus cuando fundaron colonias entre los Indo-Pandones, en España y en el corazón de la Italia. ¿Qué se han hecho todas esas ciudades antiguas y los pueblos afortunados que las rodeaban, semejantes á un coro de vírgenes cogidas por las manos que bailan en alegre círculo al rededor de una madre adorada? Han sido arrancadas de la herencia de mi pueblo en esa Península, en las Galias, en Italia, en el África, en Asia y en todas partes. ¡Nos burlábamos de los hijos de la Escarcha, nos reímos de los hijos de aquel que fué llamado feo y tenebroso, *Chus*, es decir, quemado, sin reflexionar, en nuestra pacífica tranquilidad, que los Bárbaros de blonda cabellera blandian hachas terribles, y que el Negro, no menos bárbaro, lanzaba flechas envenenadas, humedecidas en el veneno de los áspides! Hoy los infieles ocupan las murallas que nuestras manos edificaron; bañan sus caballos de guerra en los ríos cuya agua murmurante servía para las abluciones de los hijos de mis tribus. Y he dicho con la amargura y la resignación de mi alma: el tiempo huye, el torrente viaja, el agua del río sigue su camino, las montañas solo están inmóviles, pero las cimas se ven heridas por el rayo, como cada siglo de la historia por los decretos eternos,

El Euskaro como el Celta y el Negro; habia sido colocado desnudo sobre la tierra. El epíteto *gorri* (rojo) que siempre unimos á la idea de la desnudez compléta, recuerda que la piel de mis primeros hijos era más roja y cobriza que la de sus descendientes, hoy que la influencia de los climas más templados ó frios va borrando insensiblemente el color. Los primeros vestidos recibieron el nombre de *Pilda*, que significa reunion. Las hojas de los árboles; las pieles de fieras, componian aquella salvaje y extraña vestimenta. Las lianas tejidas nos servian de calzado como lo indica la palabra *Abarka*, que aún se conserva: esto en cuanto á los jefes, porque los hijos todos de mis tribus corrían descalzos por los peñascos cubiertos de nieve, costumbre que aún hoy practican muchos de mis hermosos hijos de las montañas, y con cuyo desprecio á los rigores del invierno adquirian sus organismos más fibra y resistencia que los de los celebrados Lacedemonios. Para romper las pieles, ántes de coserlas con gruesas espinas (*Osbre atz*), usábamos nuestros dientes; eran las primeras tijeras que nos dió la naturaleza; y á su imágen fueron formadas las tijeras. de acero, y el nombre de la boca con sus dientes desgarradores (*Ayostiorza*) fué así mismo el nombre de las tijeras; en recuerdo de su invencion y de las edades en que trabajábamos para establecer las artes útiles. Entónces aún tomábamos el agua con el hueco de la mano para aplacar la sed, y la parte interior de la mano recibió el nombre de *Ao-zer*, para significar que llevó el agua hasta nuestros lábios.

Antes de la cultura de los cereales, la encina, el roble verde y el nogal nos proporcionaron su fruto de donde sacábamos aceite y una harina á propósito para hacer pan. Hoy las mujeres cántabras amasan la harina de la bellota con leche, y mezclando manteca de vacas y miel, hacen tortas tan agradables al gusto, que las formadas con trigo solo no les son superiores. Es así que el roble *Aritza*, recibió entre todos los árboles, un nombre que significa árbol de vida, árbol nutritivo, y desde el origen, hicimos de él un símbolo de la vida, de la gloria y de la independencia de nuestra raza, Y así como en otros tiempos nos proporcionaba el alimento, del mismo modo cubre hoy con sus poderosas ramas la reunion de los ancianos del pueblo, de los prudentes viejos (*Bilzaarra*): asambleas augustas en las que la equidad pronuncia sus oráculos, en las que el puro amor de la pátria dicta las resoluciones que rigen los destinos de las tribus. Así se explica, con nuestra historia, aquella fábula de un pueblo nacido en bosques de robles que dictaban oráculos,

Los cerdos, atraidos por la abundancia de la bellota, se habian multiplicado en esta Peninsula. La Turdetania estaba llena de ellos, cuando nosotros llegamos, y á ellos debe esa provincia el nombre que le dimos. Los encontrábamos acostados en rebaños entre las charcas de los bosques. Aquel animal, tan útil y despreciado, recibió el nombre de *Urde*, para indicar que le gusta sumergirse en el fango, en la orilla de los lagos y de los estanques. Con la onomatopeya *be* hice el nombre de la vaca (*Beyal*) y el de toda especie de ganado (*Abere*). Los rebaños contenian la riqueza de los Iberos, y en el idioma patriarcal, la palabra rico, (*Aberatsu*) significa poseedor de rebaños. Vosotros veis en un dia sereno al astro rey del firmamento proseguir su gigantesca marcha de Oriente á Occidente, y durante las noches silenciosas, y en la misma direccion, caminar al ejército celeste, á las brillantes estrellas desparramadas en los campos de azul, como innumerables rebaños cubiertos de deslumbradora lana, pues más numerosos aún, nuestros rebaños, en la edad pacífica, acampaban al rededor de mi tienda y recorrian alternativamente, de Norte á Sur y de Sur á Norte, las llanuras ibéricas.

AUGUSTIN CHARO.

(Se continuará).





LA LEYENDA DE AITOR.

LOS VÁRDULOS. GHEREKIZ. LA FIESTA DE LA LUNA LLENA.
EL BARDO IMPROVISADOR.

(CONTINUACION)

»La agricultura alcanzó rápido vuelo entre las tribus que no se limitaron á la vida pastoral, cuando el labrador hubo encontrado, entre los animales domésticos, su ayuda natural. Mi lengua atestigua, que desde el principio, mis tribus rechazaron la pereza de otros pueblos ictiófagos, nómadas ó cazadores, á quienes ese género de vida mantiene en estado salvaje en las islas, y más allá del Océano occidental. Una fábula cuenta que el jefe de mi pueblo hundió en el seno de la tierra un puñal de mango de oro, simbolo de la agricultura. En efecto, nuestras Repúblicas agrícolas, semejantes al roble consagrado, echaron profundas raíces en el nutritivo suelo. Todos los períodos del dia, todas las comidas señalaron con sus nombres significativos, las alternativas del trabajo de los campos. Qué es lo que es la mañana, *Goiiza?* es el despertar del hombre y de la creacion, el momento en que el señor de la casa, *Echeko-jauna*, el jefe, *Buruzagia*, el *Puruza* de nuestros hermanos los Indos, es decir, la cabeza, el director de los trabajos, dejaba el lecho y llamaba á sus hijos y servidores. Durante la época

salvaje, que fué de corta duracion para los aborígenes de mi pueblo despues del diluvio, íbamos de madrugada, *goiz*, al pasto *ala*, bajo los árboles, en los campos *alor*, la palabra *Gosal-atzea*, expresa la comida de la mañana. Pero despues de la fundacion de la sociedad culta, el desayuno fué llamado *Askaria*, ó comida del principio de los trabajos, y la comida *Baraskaria*, porque suspendia los trabajos. Despues de este reposo, tan necesario en los momentos en que el calor del dia adquiere su mayor intensidad, cuando el labrador uncia sus bueyes al arado, aquel resto de la tarde fué llamado *Arra-as-aldia*, es decir, época del trabajo recomenzado. Al crepúsculo de la tarde, los ganados eran conducidos á sus apriscos, y esa hora coincidia con la aparicion del planeta brillante que dió el nombre de *Hesperia* á la España de los Iberos. El Vesper fué llamado por nosotros *Artizarra*, estrella de la oveja, ó más bien, del pastor.

No sabíamos aún extraer el hierro de las montañas de la tierra. De todos los metales, solo el oro nos era conocido, y se convirtió en simbolo de aquella edad feliz. El ardor del gran incendio habia cubierto con él la tierra; los ríos de Iberia lo arrastraban en forma de brillantes pepitas entre sus arenas. Con el fuego trabajamos aquel metal tan dúctil, el más bello de todos: servíamos para los usos más viles, y, la tradicion conservada por los Celtas, de que los Iberos tenian de oro las rejas del arado, es cierta al pie de la letra. Ay! la avaricia insensata de los extranjeros nos envidió el lodo brillante que hollábamos con los piés, y para arrebatárnoslo, hicieron pavesas nuestras ciudades y asesinaron á nuestras tribus. La prudencia de nuestros ancianos habia previsto aquella catástrofe; pero era ya tarde cuando prohibieron el uso del oro. Todo este era arrojado al mar ó á los precipicios de nuestras montañas. Durante veinte siglos, los Iberos no han guardado de él ni por valor de un grano de arena; las monedas y las medallas salidas de nuestras fundiciones, son todas de plata. En cuanto al oro, recibió en la lengua sagrada el nombre de *Urre*, por el agua, *ur*, en la que se recogía. Jamás fuimos á buscarlo al fondo de las minas; la prudencia y la humanidad de nuestros viejos no permitian que hombres nacidos para respirar el aire puro, y bañarse en la luz del sol tuviesen la locura de encerrarse vivos en las entrañas de la tierra, para arrancar, á precio de sudores mortales, el funesto metal, primera causa de las invasiones extranjeras y de nuestras mayores desdichas.

El agua fué llamada *ur* con palabra imitativa que pinta en el oído

el murmullo sordo y continuo de las ondas, cuya fluctuacion inacabable es la imágen del tiempo móvil que mide la duracion de los séres, y que los séres llevan con ellos. El Nilo, cuyas orillas habitaron mis tribus antes de ser expulsadas por la raza de color de hollin, de aplastadas narices y lanígeros cabellos, nos servia con sus inundaciones periódicas, para contar los años agrícolas. Así el nombre, del año en nuestra lengua, *urte*, significa inundacion. La estrella brillante cuya aparicion precedia las salidas de madré del río egipcio, aquella misma á que los Negros despues de nosotros llamaron el Gran-Perro, era el emblema poético del perro, que con la mirada centelleante, ladra á la aproximacion del peligro. No es, pues, por casualidad, por lo que ha sido llamado el perro del pastor entre nosotros *Zakur*, y entre las tribus indostánicas *Kukur*, de una palabra que significa mensajero de las aguas. Cuando principiamos á contar los años con las inundaciones del Nilo, inventamos el reloj de agua ó clépsidro; y el nombre del agua fué llamado *Neurri*; que expresa toda especie de medida. La palabra cadenciosa, el verso poético, el metro del bardo improvisador se llama tambien *Itz-neurtu*. El agua del clépsidro, cayendo gota á gota de una division á otra, marcaba con su derrame total una hora determinada. Toda el agua del clépsidro significa la hora en general, *Orena*. La hora exacta, ó el intérvalo de tiempo trascurrido, se llamó naturalmente *danuria*, es decir, agua que queda, puesto que el intérvalo actual no podia determinarse más que por la medida ó altura del agua en un momento dado. Antes de expresar mejor las ideas del espacio geométrico y de las distancias, indíquelas con la idea del tiempo necesario para recorrerlas, y relacioné esa idea con el clépsidro, tomando de este ingenioso instrumento los términos que expresan lo próximo y lo lejos; *Urbil*, cerca, se define por la proximidad de la hora, cuando el agua, *ur*, estaba reunida, *bil*, en el recipiente del reloj; la definicion contraria se aplica á *Urrun*, que significa lejos. La pequeña cantidad, *Apurra*, el fin y la terminacion de las cosas, *Urentzia*, son ideas que expresé siempre con alusiones sacadas del clépsidro. Con cuántas expresiones felices enriqueció el reloj de agua á nuestra lengua, tan natural y sábiamente figurada! La gota, cayendo por segundos, rizaba la superficie limpida del recipiente, formando circulos; así el círculo se llamó *Kurkur*, y un circuito, una vuelta *Ingur*. Estos círculos del agua, *ur*, repetidos frecuentemente, *usu*, y multiplicándose con arrugas, formaron la palabra *Uzur*, que significa toda

especie de pliegues, y particularmente las arrugas de la frente humana. El agua rizada de este modo rompia los rayos solares, perdia su transparencia y se enturbiaba con moviles sombras; de *beltz* negro, y de *uri*, formé la palabra *Belzuri*, que expresa con poesía la contraccion de las cejas y las arrugas amenazadoras de la frente irritada del hombre y del leon. Despues de haber llenado el clépsidro, ó despues de la cesacion de las gotas, el agua limpida presentaba una superficie lisa en que me miraba; y de aquí imaginé la palabra *Idauria*, *Ichura* que expresa la imágen, la fisonomía, el parecido. En el agua agitada dei clépsidro ví una imágen de los pensamientos tumultuosos causados por la turbacion y la emocion del alma, y creé una hermosa expresion, *Uriduritu*, que significa commovido, turbado, y en su definicion, semejante al agua agitada.

Los desvelos y los trabajos de los padres son como el rocío, hacen germinar frutos inmortales que los hijos reciben en herencia, y nada iguala la alegría del hombre primitivo, que en medio de una naturaleza enemiga, enriquece con descubrimientos ingeniosos el tesoro de las artes. Por qué no lo he de confesar? El primer clépsidro que coloqué en mi morada, cerca de mi cama, para señalar las horas de la noche, ahuyentó el sueño de mis ojos; escuché la gota sonora caer con ruido armonioso, despues, cuando mis párpados se cerraron un momento, el ruido, que heria mis oídos, en las percepciones vagas é indistintas de aquel semi-sueño, se transformó; una vision profética surgió de mi turbado espíritu: dos fantasmas, dos espectros, el Negro y el hombre Blanco, se acercaban á mi lecho con pasos cortados, tendiendo hacia mí sus manos terribles. Entónces quise gritar, y me desperté sobresaltado. Mi compañera dormia tranquilamente á mi lado, mis hijos dormian tambien en sus cunas; una pequeña lámpara irradiaba su luz tenué sobre las paredes, iluminando aquella tranquila escena; y la gota de agua caía aún, caia siempre, como los siglos caen gota á gota en el clépsidro infinito, en el Océano sin orillas de la Eternidad. Y entonces, con la idea de aquella gota de agua cayendo con medida como un paso de hombre, llamé al paso del hombre *Urats*, que significa ruido de agua. Y andando por la orilla de los ríos, cuyas olas se elevaban, caían cadenciosamente y como á compás de mis pasos, reconocí que la analogía de que me había valido era doblemente exacta. Y canté por la primera vez como un bardo: El tiempo huye, el torrente viaja, el agua del río prosigue su camino

hacia el profundo Océano, receptáculo terrestre de uno de los clépsidros de Dios. La imagen del río detenido en su marcha, *Uka-ur*, me proporcionó la palabra *Ukura*, que expresa la inmovilidad. Hijos de mi sangre y de mi pensamiento, escuchad una profecía que mi experiencia del pasado lega al porvenir, Cuando el río detenga su paso cadencioso, cuando los torrentes dejen de correr, y que en los valles, los manantiales disminuidos exhalen los primeros vapores ocasionados por la fiebre del fuego eterno que trastornará al globo, todo es lo que será una señal y una prueba de que la última gota del clépsidro genésico habrá marcado el fin de los tiempos. Entonces corred á la cima de las montañas, fabricaos un arca, el Dragón desencadenado rugirá en el pozo del abismo, y el juicio del Altísimo no estará lejos.»

A estas últimas palabras, la voz del bardo, acompañada de un gesto teatral y pintoresco, adquirió sonoridad extraordinaria; la asamblea se sobrecogió, y muchos viejos sentados bajo el roble se levantaron á medias, dando gritos de sorpresa y admiración. La evocación de la última hora del mundo, representaba los cuadros más capaces de inspirar ese terror trágico que es el triunfo del arte, y Lara, el cantor de Cantábría, no lo ignoraba. Todas las miradas interrogaban el horizonte, como con el temor de apercibir algún signo espantoso; pero la calma más majestuosa reinaba en las montañas: la luna, semejante á la lámpara nocturna de Aitor en la hora silenciosa de las visiones, brillaba en un cielo sin nubes, en medio de un ligero vapor blanquecino que velaba su disco, sin oscurecerle. Se oía distintamente el rumor de las hojas movidas por la brisa de la noche, y el murmullo sonoro de las cascadas y de los torrentes lejanos; prueba de que el clépsidro terrestre tenía muchos siglos aún que dejar caer en su receptáculo Oceánico.

«Ya el labrador había encontrado en los animales domésticos sus auxiliares naturales, y la agricultura tomó, entre las tribus que no se limitaron al pastoreo, un desarrollo considerable. Fue necesario regular el orden de los trabajos bajo el tipo del de las estaciones: por consiguiente fue preciso estudiar con atención suma el curso de los astros, para cuyo resultado era necesario el señalamiento de los números y la previa invención de las reglas de la numeración. Un hilo, *ari*, nos sirvió en un principio para medir la dimensión de los cuerpos, de donde se formó la palabra *Iz-ari*, que significa toda medida geométrica. Las hendiduras hechas en ramas de árbol fueron los pri-

meros guarismos de nuestros cálculos; como aún no se había inventado el cuchillo, los dientes servían para ese objeto: así es que la hendidura hecha con un instrumento cortante conserva todavía el nombre de *Ozka*, que procede de *Orzka* y significa dentellada. Contábamos con los dedos, y las primeras cifras representativas de los números no fueron otra cosa más que el dibujo jeroglífico de los dedos y de las manos: I, II, III. Para escribir el número cuatro con los menos signos posibles, nos servimos de la cifra IV, es decir, la mano menos un dedo, ó cinco dedos menos uno, porque la cifra cinco no es sino el dibujo ó rasgo jeroglífico del contorno de una mano abierta, V. Las unidades ó dedos colocados á derecha ó izquierda del cinco y del diez, segun que era necesario aumentar ó disminuir su valor completaron el sistema de nuestras cifras escritas. Los diez dedos de las manos nos dieron un sistema de numeracion por adiciones decimales, sistema natural, preferible á todos los demás. El número diez fué llamado por consecuencia *Amar*, es decir, macho y hembra, como creador de la generacion de los números; de donde los Bárbaros le dieron el nombre de *Casamiento*. Y los egipcios han estado tanto mejor fundados para apellidar al número diez casamiento, cuanto que en la lengua sagrada la palabra *Esku-ontze* se traduce por la union de las manos. Así la cifra X, no es otra cosa entre nosotros que el dibujo jeroglífico de dos manos en sentido opuesto unidas por el mismo puño.

Han sido los Iberos quienes han creado en Occidente la ciencia del cálculo. Mis nietos aguerridos en sus luchas contra los Bárbaros, desde su establecimiento en los Pirineos, han combatido á la dominadora de los pueblos, y nuestros bardos instruidos reconocieron en los monumentos y templos idólatras, las cifras primitivas que los bandidos de Rómulo llaman romanas, aunque pertenecen á la escritura de los antiguos Iberos.

Una vez conocidas las reglas del cálculo, descubrimos fácilmente las leyes que presiden á los fenómenos celestes. La presencia y ausencia del sol en el horizonte señalaban naturalmente las divisiones del dia y de la noche, respecto al orden del trabajo y de los usos civiles, Del nombre del sol *eguzki*, *eki*, por el que el hombre ve, el dia fué llamado *Eguna*, es decir, período lleno de la bienhechora claridad. La idea de la privacion de la luz, *Gabia*, sirvió para calificar á la noche, El reinado de las tinieblas ó de la oscuridad fué llamado *Ilona*, es de-

cir, dulce muerte, ó buen reposo, sueño bueno de los séres. El crepúsculo de la mañana y de la tarde, el alba, la aurora, la salida y la puesta del sol, recibieron nombres interesantes por su precision y Poesía. La marcha del sol que abraza un círculo de estaciones más extenso, pareció más á propósito para representar los principales períodos del año civil; la luna cuyas revoluciones son de más corta duracion, divididas en fases regulares, nos pareció una antorcha reguladora de las semanas y de los meses. En este sentido fué llamada *Argizaria*, luz medida, luz que sirve para medir el tiempo; y de la concordancia de los ciclos lunares con los años solares debió resultar la perfeccion del calendario civil y de nuestra cronología. Los obeliscos, *Pilar*, ó lo que es lo mismo, reunion de piedras, levantadas en forma de columnas en las plazas públicas; y aún en los desiertos sirvieron de gnomonos horarios á los Patriarcas; las líneas marcadas y la proyeccion de las sombras nos hacian reconocer las horas, segun las estaciones.

La observacion atenta nos hizo descubrir que la claridad de la luna, en un disco poco radiante, carecia totalmente de calor. De esto dedujimos que esa claridad no tenia foco propio y vivificante en el astro de que emanaba; y para caracterizar su naturaleza inmóvil, durmiente y helada, fué llamada *Illa*, con palabra que expresa á la vez en nuestra lengua la inmovilidad, el extremecimiento y la muerte. Esta primera observacion sobre la naturaleza de la luz lunar reflejada sobre la tierra, donde parece dormir sin calentarla, hizo pensar, que visto el alejamiento de ese gran fulgor, era imposible atribuirlo á un efecto de fosforescencia. Desde entonces el alejamiento de las estrellas y la debilidad de los resplandores siderales no permitieron ya la duda de que la luna no reflejase la luz del sol, cuyos rayos, á pesar de la inmovilidad aparente de su globo inflamado lanzados con una fuerza y una rapidez que maravillan al pensamiento por las llanuras del aire, atestiguan un torbellino inmenso. Los bardos, cuyo lenguaje buscaba las imágenes poéticas, del mismo modo que el de los sabios la claridad, llamaron á la luna *Illargia*, es decir, luz durmiente, ó muerta, ó luz que se apaga y brilla en las tinieblas de la noche.

AUGUSTIN CHAHO.

(Se continuará).



LA LEYENDA DE AITOR.

LOS VÁRDULOS. GHEREKIZ. LA FIESTA DE LA LUNA LLENA.
EL BARDO IMPROVISADOR.

(CONTINUACION)

A los Iberos deben los Europeos su semana de siete días, instituida por mí segun el aspecto de la luna durante su revolucion sinódica, que puede dividirse en dos quincenas, *Amabost*, y en cuatro semanas ó fases de siete días cada una, á cuya totalidad designo con el nombre de *Illabete*. Contábamos por noches, y el nombre de la semana, *Aste*, significa un principio de fase ó de período lunar. Comenzábamos la cuenta de los días y de las semanas con la nueva luna. El lunes fué llamado *Aste-leena*, ó primer-día de la fase de oscuridad; el martes *Aste-artia*, ó sea, el intermedio de ese período: el miércoles *Aste azkena*, ó sea último del principio ó semana.

Los días complementarios recibieron nombres significativos, que aluden al período de lunacion. Con las palabras *sei*, seis, *illa*, luna y *aste*, semana, se formó el vocablo *Seillastia*, que designa de lunes á sábado la seisena consagrada al trabajo de los campos. Los días de la seisena fueron llamados *Astegunak*, días de semana ó de trabajo. El séptimo día recibió el nombre de *Igandia*, de *igan*, subir, elevarse,

franquear, para decir que en ese dia alcanzaba la luna un grado de iluminacion, ó franqueaba uno de los cuatro periodos del mes sinodico. Este dia fué consagrado al reposo, y celebrado con fiestas; la denominacion que recibió era justa, sobre todo con la luna llena que dió la idea; en las brillantes noches que seguian, yo instituí las fiestas de la Luna Llena, que fueron llamadas *Jay-arin*; es decir, noches alegres, enloquecedoras, durante las que mis hijos de la montaña dirigen al Altísimo, *Goyena*, al buen Señor del Universo, á Dios, *Jaungoikoa*, sus himnos de alegría bailando hasta el rayar del alba con gracia y ligereza, al son de armoniosas flautas y de sonoros tambores.

Las fases solares nos sirvieron para determinar la verdadera extensión de los años. El brillo del sol era permanente, diferenciándose bajo todos los puntos de vista, de la claridad lunar; pero, del mismo modo que la luna, el sol relativamente á la tierra tenia sus períodos de exaltación y debilidad, señalando dos grandes divisiones del año, como la luna llena y la nueva luna marcaban dos grandes divisiones del mes. Visto que durante el estío, por el mes de junio, la tierra está en su mayor alejamiento y el sol en su más grande elevación ó afelio, el mes de junio recibió en euskara el nombre de *Ekain*, *Ekigain*, es decir, exaltación solar; y para consagrarse mejor ese hecho astronómico, la palabra *Ekain* está únicamente empleada para designar el mes de junio en casi todos los dialectos de la lengua de mi pueblo, mientras que todos los demás meses, designados por circunstancias relativas al trabajo de los campos, reciben, segun las tribus, nombres tomados de la luna. Y como durante el afelio solar, el polo norte de la tierra se inclina hacia el sol, el astro del dia aparece más pronto á nuestros ojos y se oculta de ellos más tarde, estando compuesto por lo mismo el *Ekain* de los días más largos y calurosos del año. El solsticio de invierno en el mes de Diciembre fué para los Iberos la fiesta del nuevo sol, *Eguberria*, correspondiente á la nueva luna *Illberria*, del mismo modo que el *Ekain*, correspondía á la exaltación de la luna llena. Y éste solsticio se llama tambien *Egubera*, ó abajamiento solar, á causa de la aproximación de la tierra en su perihelio de invierno. Y como durante esta época la tierra tiene su polo meridional inclinado hacia el sol, el astro del dia se muestra más tarde á nosotros, y desaparece más pronto del horizonte. Fué, pues, entre el solsticio de invierno, *Eguberria* y el solsticio de verano, *Ekaina*, la época en que los adivinos señalaron la mayor desigualdad de los días y de las noches.

Estudiando sus fases de aumentacion y disminucion, se reconoció que los polos de la tierra se levantaban de sus inclinaciones alternativas hacia el sol, y que esta posicion producia la igualdad de los dias y de las noches, en los equinoccios de la primavera y del otoño. Gracias á estas cuatro épocas de los equinoccios y de los solsticios que se entrecortan de un modo regular, el año fué dividido en cuatro estaciones de tres meses cada una; la primavera, *Bedatse*, principio del verdor de los campos; el estío, *Uda*, época de la sequia; el otoño, *Larrasten*, época de las últimas cosechas, de los últimos laboreos; el invierno, *Negia*, época de la muerte y del sueño, en la que el calor de la naturaleza se metamorfosea en hielo, en que la sávia se agota. Pero el año conservó siempre en esta Península el nombre de *Urte*, inundacion, que los primeros padres le habian dado, aludiendo á las inundaciones del Nilo; y entre nosotros, el mes januario de los Etruscos se llama aun *Urtarilla*, es decir, luna que toma ó comienza el año, ó sea la salida de madre del rio.

Un hecho notable que prueba que desde el origen los adivinos habian establecido en nuestro calendario la concordancia de los meses lunares y de los años solares, es, que fuera del sexto y duodécimo mes, cuyos nombres están tomados del sol, todos los demás reciben su calificacion de la luna, *illa*, con la designacion de los trabajos agrícolas ó de otra circunstancia tomada á la vida de los campos.—Febrero. *Otsa-illa*, *Zezeilla*, es el mes del frio ó del lobo, y del toro, segun las tribus y los dialectos.—Marzo, *Epailla*, la luna de la siega ó de las cortas.—Abril, *Jorrailla*, *Opailla*, luna del escardeo y de las primicias.—Mayo, *Orilla*, de las hojas.—Junio, *Garagarilla*, *Ekaina*, *Errearo*, estacion inflamada, hirviente, la de la exaltacion solar.—Julio, *Uztarilla*, luna de las cosechas.—Agosto, *Agorilla*, luna de las sequías.—Octubre, *Urrieta*, *Urrilla*, luna de las lluvias, y *Bildilla*, luna de las vendimias y de las últimas cosechas.—Noviembre, *Azilla*, luna de las siembras.—Diciembre, *Lotzailla*, luna del sueño, durante la que la naturaleza duerme cubierta por las nieves y el labrador descansa. Como veis, esta nomenclatura es exacta y significativa, y en su conjunto caracteriza admirablemente el clima de la Península ibérica y la agricultura de nuestros mayores.

El desarrollo del trabajo social hizo nacer nuevos intereses, necesidades é ideas desconocidas á la ruda sencillez de los primeros siglos. Las primeras creaciones abrazaban lu estrictamente necesario; las cosas

útiles vinieron despues y ensancharon el círculo de nuestras invencio-nes, mientras llegaba el tiempo de que el génio de mi pueblo se preoc-upase de la investigacion de la verdad, de los esplendores inefables de la pura luz, y de la belleza de las artes, hijos de la riqueza y del ócio, que terminan triunfalmente la obra de la humanidad bajo el sol. La institucion de la vida agrícola y pastoral se vió acompañada de las artes serviles; las primeras ciencias introducidas en nuestra socie-dad, como son la medicina y la astronomía, no rebasaban la linea de las cosas útiles y necesarias. Fué preciso relevar de los trabajos ma-nuiales á los hombres eminentes, que consagraban sus noches á estu-dios de un órden superior; las funciones que les señalamos en nues-tras Repúblicas se han convertido entre los Bárbaros infieles en fuente de supersticiones ridiculas, degradantes, ú objeto de especulaciones inmorales y en odioso charlatanismo. El Egipto, la Caldea y la India tuvieron, despues de nosotros, sus adivinos, cuyo oficio es el de do-mesticar serpientes, engordar cocodrilos, adorar ídolos vetustos de dorada corteza, mientras que ellos mismos se nutren con la sustancia y los sudores del pueblo imbécil á quien sujetan con el terror de los fetiches. Pero los adivinos de la Iberia son justamente llamados *Iger-le*, es decir, escrutadores, porque han lanzado una mirada curiosa y penetrante á los más profundos arcanos de la naturaleza, y tambiense les llama *Azti*, en el sentido de indicar. En todas partes donde el sa-cerdote impostor de los Bárbaros no muestra más que hechizos imagi-narios, preparados vestigios en el cielo donde el astrólogo charlatan. pretende leer el destino, los adivinos de mi pueblono quieren aper-cibir más que la armonía silenciosa de los astros, y los números escri-tos por la divina mano con caractéres de fuego: no predicen más que la verdad en la sucesion de los tiempos, y el órden de las estaciones. Se ve en las orillas del Indus y del Ganges, cómo el carro del Bra-hamin insolente y cruel, cargado con monstruosos ídolos, aplasta con su rueda cortante al pu blo bestial prosternado en el polvo del cami-no y en las avenidas de la pagoda, centro infecto de prostitucion. Digno émulo de los druidas galos, el mago usurpador hace pesar sobre el Iran el cetro de una teocracia despótica; y entre las tribus de mi pue-blo, el Ibero se inclina con respeto filial delante de sus magistrados llamados padres de la patria, honorables, *Agureak*. Todos nuestros viejos reciben el mismo título. El hombre libre recibe con la edad, la corona de blancos cabellos del sacerdocio natural, y ejerce su autori-

dad y censura sobre las costumbres. El freno de su disciplina es poderoso en sus Repúblicas. Tienen jefes y guías políticos, *Geien*, pero este nombre de jefe significa el más anciano. No reciben leyes más que de la virtud y de la experiencia; los castigos son impuestos por manos paternales, y nuestra lengua atestiguará ante el porvenir, que el pueblo elegido de Aitor ignoró en el Occidente de Europa hasta el nombre de los crímenes y vicios embrutecedores con que los Bárbaros se mancharon. Otra gloria particular de mi pueblo, es que en la edad de decadencia y corrupción, solo entre los pueblos de la tierra ha conservado la fe natural y el culto de Dios, sin sombra de idolatría.

El Ibero no ha construido para el Señor de arriba, templos siempre mezquinos comparados al gran Sér que llena con su fuerza la inmensidad de lo eterno. Dejemos, pues, al Bárbaro sus antros, sus cavernas, sus altares sangrientos, sus sacerdotes funámbulos y brujos. Que para nosotros el brujo sea siempre el paciente herborista que analiza las plantas, y compone con sus jugos brevajes saludables, *Belargilla*. Dejemos á los celtas supersticiosos sus sacerdotes del roble, sus druidas tan diferentes de nuestros sábios viejos que se sientan sobre bancos de césped bajo el árbol de la libertad; donde condenando con anatemas y maldiciones la carnicería de los sacrificios, y la efusión horrible de la sangre humana con el cuchillo sagrado, el hombre libre de mi raza no se sacrifica jamás más que por la patria; donde la voz del cielo no reclamó jamás otra sangre más que la de los jóvenes guerreros, que combaten noblemente, no para conquistar tierras ni esclavizar hombres, ó enriquecerse con el botín robado, sino para defender los floridos altares levantados á la independencia y la libertad primitivas, en el santuario de las montañas.

AUGUSTIN CHAHO.

(Se concluirá).

